Salmos diarios, Ciclo I, Año Impar. Explicados

XXIII Semana del Tiempo Ordinario

Sábado

Salmo 112

Bendito sea el Señor ahora y para siempre. En el nacimiento del Hijo de Dios del seno virginal de María los cristianos reconocemos la infinita condescendencia del Altísimo hacia el hombre y hacia la creación entera. Con la Encarnación, Dios viene a visitar a su pueblo: "Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo, suscitándonos una fuerza de salvación en la casa de David, su siervo" (Lc 1, 68-69). Y la visita de Dios siempre es eficaz: libera de la aflicción y da esperanza, trae salvación y alegría, que hace que el corazón bendiga a Dios hoy en el tiempo, con la esperanza de seguirla alabando en la eternidad. Por esto, cantamos: *Bendito sea el Señor ahora y para siempre.*

"Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo" (1 P 1, 3), porque mediante la resurrección de su Hijo nos ha reengendrado y, en la fe, nos ha dado una esperanza invencible en la vida eterna, a fin de que vivamos en el presente siempre proyectados hacia la meta, que es el encuentro final con nuestro Señor y Salvador, y alabarla para siempre. Con la fuerza de esta esperanza no tenemos miedo a las pruebas, las cuales, por más dolorosas y pesadas que sean, nunca pueden alterar la profunda alegría que brota en nosotros del hecho de ser amados por Dios. Él, en su providente misericordia, entregó a su Hijo por nosotros, y nosotros, aun sin verlo, creemos en él y lo amamos (cf. 1 P 1, 3-9). Su amor nos basta.

Cuando se nos va a dar la bendición con el Santísimo en la Iglesia, entonamos antes unas alabanzas preciosas, que comienzan con el ¡Bendito sea Dios, bendito sea su santo nombre!..., como un anticipo de la eternidad. En realidad, es gloria nuestra el que podamos, ya des ahora, alabar el nombre bendito de Dios.

Desde el inicio de la evangelización jamás ha dejado nuestro pueblo de alabar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. También en los tiempos más oscuros de nuestra historia hemos seguido confiando en Dios, según las palabras del salmista: "De día el Señor me hará misericordia, de noche cantaré la alabanza del Dios de mi vida" (Sal 42, 9).

¡Alabemos al Señor con nuestra vida, alabemos el nombre del Señor! Bendito sea el nombre del Señor, ahora y por siempre. De la salida del sol hasta su ocaso, sea alabado el nombre del Señor! (cf. Sal 113112, 1-3).

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)